

*No se apague el rencor ni el odio muera
ante el pendón que el bárbaro enarbola;
si un día la justicia estuvo sola,
lo sentirá la humanidad entera.*

*Y bogue entre las olas espumantes,
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas de inconstantes;*

*que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.*

Estaba entonces logrado ya el triunfo literario, pese a los detractores y enemigos de turno. Así lo dice el propio poeta en el prefacio a *Cantos de vida y esperanza...*: «El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado». Pero en ese mismo lugar, Rubén Darío hace una advertencia clara sobre el contenido político que pudiera encontrarse en su obra. «Si en estos cantos hay política —dice—, es porque aparece universal. Y si encontrais versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter».

No era nueva esta idea en Rubén Darío, quien ya bastante tiempo antes, en su poema «El poeta», había establecido una estrecha relación entre poesía y patriotismo, señalando como una función social del poeta la de cantar las glorias patrióticas de su país:

*No es vate el que no se inflama
en la patriótica llama.*

La mayor inflamación poético-patriótica de Rubén Darío se llamó «Salutación del optimista». No sé si se ha reparado bien en el título del poema: el saludo, la salutación, es de un «optimista», es decir, de quien ve o propende a ver el aspecto más favorable de las cosas, pero sin tener motivos fundados para ello. ¿Usó aquí bien Rubén Darío la palabra? ¿La empleó, quizá, por «esperanzado»? El maestro nicaragüense usaba las palabras con mucha precisión, pero la rapidez con que está escrito el poema —sabemos que lo escribió en unas pocas horas de la madrugada de un día, cuya tarde debía leerlo en el Ateneo de Madrid— podría autorizar a pensar que el vocablo «optimista» no está aquí bien empleado.

Este poema, «Salutación del optimista», es, en cualquier caso, dentro del libro de que forma parte —*Cantos de vida y esperanza...*, libro que según el propio poeta, encerraba «las esencias y savias» de su

«otoño»—, uno de los mejores del maestro y el de mayor contenido hispánico. Muy conocido y citado, se hace, sin embargo, imprescindible el recuerdo de sus estrofas y versos más significativos.

*Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria.*

El saludo a las «inclitas razas ubérrimas» a la «sangre de Hispania fecunda» se debe, como vemos, a haber llegado el momento en que «lenguas de gloria» van necesariamente a cantar «nuevos himnos». Un «vasto rumor» que «llena los ámbitos», unas «mágicas ondas de vida» que van renaciendo hacen que retroceda, engañada, la muerte, porque «se anuncia un reino nuevo» con su «reina de luz, ¡la celeste Esperanza!».

*Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que, a tumba
o a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirás,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: «La alta virtud resucita,
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.»*

¿Por qué escuchar predicciones desgraciadas? Abomíñese de quienes sólo ven «zodíacos funestos» y de las manos que «apedrean las ruinas ilustres», porque en las entrañas del mundo se siente la inminencia de algo «fatal» que «conmueve la tierra», de algo como «vasto social cataclismo» que se inicia «sobre la faz del orbe». Así,

*¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Ninive enterrada en olvido y en polvo
ni entre momias y piedras, reina que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que, tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.*

«Hacia el lado del alba», sí, para ver «la gran alba futura». He aquí ya la gran esperanza, la que debía constituir «visión permanente» de todos los hombres hispánicos. Pero el alba sólo podía ser vista y la esperanza mantenerse mediante la unión:

*Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, inclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas, ceñidas de líricos lauros,
y las cabezas jóvenes, que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.*

De este modo,

*Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.*

He aquí, en definitiva, «la sublime hermandad de las olas», de que el maestro habló al rey Oscar al darle las gracias por el «Viva España» con que el monarca nórdico saludó al suelo español, en marzo de 1899, «tras la tormenta» del 98. Toda la historia de España: la vasta floresta gloriosa de lanzas que traspasaron los Pirineos y los Andes, los de Lepanto y Otumba, los del Perú, los de Flandes, los de la fe isabelina y el sueño colombino y la creación velazqueña y el poder cortesano agradecían el «grito de hombre» del rey escandinavo, porque estaban, en efecto, vivos:

*¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial alimente un ensueño;
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar; vivirá España!*

España, la «tierra de la Caballería», la «tierra de la capa y la espada», donde se hacen los más bellos castillos y donde la sangre es «vino y fuego». Y será en España, precisamente en Mallorca, la Isla Dorada que dio al poeta un rincón para soñar sus sueños, bajo los pinos amados de su corazón, donde Rubén Darío se descubra así mismo «el amante de ensueños y formas, que viene de lejos y va al porvenir» y donde haga su confesión más honda:

*Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad.
Siento en roca, aceite y vino
yo mi antigüedad.*

*¡Oh, qué anciano soy, Dios santo;
oh, qué anciano soy!...
¿De dónde viene mi canto?
Y yo, ¿a dónde voy?*

Es, probablemente, el punto más alto en un proceso de autodilucidación, de autoconocimiento:

*El conocerme a mí mismo
ya me va costando
muchos momentos de abismo
y el cómo y el cuándo...*

Pero ¿servía, acaso, la claridad latina para aclarar el misterio del yo y el no yo? El poeta creía interpretar las confidencias del viento, de la tierra, de la mar, mas solamente eran

*Unas vagas confidencias
del ser y el no ser,
y fragmentos de conciencias
de ahora y de ayer.*

En Mallorca, en cualquier caso, el gran maestro hispánico pasa unas jornadas memorables, junto al mar—«tan azul como el Partenopeo», advierte—, sobre cuya superficie tranquila descubre barcas pescadoras, graciosos vuelos de velas y barcos que llegan de Argel y de Barcelona. Todo es allí «alegre, fino, sano y sonoro». Tiene «arbolitos verdes llenos de mandarinas», conejos, gallinas, un Cristo y un mauser. Va al mercado, en la Plaza Mayor; se codea y roza con la muchedumbre, de la que—fiel a sí mismo siempre—destaca a las mallorquinas, «con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños». Ve la casa de Raimundo Lulio—«de los hondos espíritus, es de mis preferidos», escribe—, presencia las tormentas que encrespan las masas marinas, y se goza, en fin, con las aguas bellas, la luz dulce, la tierra fresca y la «luminosa y espléndida ribera», hasta lamentar no haber llegado a la isla antes que sus canas prematuras de alma y cabeza hicieran de él la mezcla que era de «tristeza, de vida y esperanza». Pero el maestro Darío no había llegado tarde a Mallorca; había llegado en el instante justo de descubrir la otra parte de su origen:

*Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
después que le dejaron loco de melodía
las sirenas rosadas que atrajeron su barca.
Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,
es recordado por mis íntimos sentidos:*

*los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
como en ondas atávicas, me traen añoranzas
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.*

Lejos quedaba entonces la isla del Cardón, en Nicaragua. Lejos,
pero presente en el corazón del poeta, pues allí se hallaba,

*ruda de antigüedad, grave de mito,
la tribu, en roca de volcanes viejos,
que, como todo, aguarda su instante de infinito.*

El poeta hispánico Rubén Darío ha hallado su doble manantial ori-
ginal y nutricional. Ha llegado a su raza:

*Hisopos y espadas
han sido precisos,
unos regando el agua
y otras vertiendo el vino
de la sangre. Nutrieron
de tal modo a la raza los siglos.
Juntos alientan vástagos
de beatos e hijos
de encomenderos, con
los que tienen el signo
de descender de esclavos africanos,
o de soberbios indios,
como el gran Nicarao, que un puente de canoas
brindó al cacique amigo
para pasar el lago.
de Managua. Esto es épico y es lírico.*

Agua: lago o mar; aborígenes nicaraos en canoas; atavismo griego o influencia fenicia, siempre el ansia de navegar, de sentir en su vida los misterios de la mar. Y siempre también la invariable, acuciante preocupación rubendariana por la unidad hispánica. Así lo testifica también Carmen de Burgos, la famosa *Colombine*, quien dice —en «La ofrenda de España a Rubén Darío»— que éste es el único hombre de su tiempo para quien la unión iberoamericana no era un mito ni algo impuesto convencionalmente, sino «una cosa hecha carne, una verdadera concentración».



Se presiente ya el final. La primavera y la carne acaban también, y la celeste historia del corazón rubeniano, plural en caminos y en nombres de mujer, había llegado a la última singladura. Quedaba

atrás la noche de dolor, y el poeta podía contemplar, hacia adelante, el alba pura. La vida, amarga y pesada, en climas varios y en tierras diversas, no se componía ya de pretextos de rimas ni de fantasmas cordiales. Dura era la vida, sin embargo, y ya no había princesa que cantar.

*Mas, a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...*

Estaba intacto el ideal. No había princesa, pero había mujer. Con el propio ser encontrado, con su origen y su fin conocidos, con todo su mundo cultural edificado, con su raíz y su sentido hispánico llenándole la sangre y el espíritu y el aliento, el poeta llegaba a «la hora segura», a la alborada, a la aurora azul. La mañana es, sin embargo, oscura, aunque «está caliente el nido». Le rodea una neblina de dolor y de mal, de lira soberbia y de soñar difuso. Su vida rara está muy próxima a la hora del despertar definitivo. Supo amar y lo amó todo: todo lo santo y todo lo inmenso, como dijera en sus precoces quince años, y todo lo pequeño y lo menos santo. Sabe «la ciencia del vivir—y la virtud de esperar». Ha visto espantos, ha sido listo y malvado y ha sido también, aunque esto él no lo diga, fundamentalmente bueno, y su alma ha vertido armonías desde que empezó a existir; su alma, que ahora «está triste hasta la muerte». Y en ese instante, a la vez cenital y crepuscular, aparece Francisca, que viene de «campos remotos y ocultos», «alma sororal», «hecha toda de amor— y de dolor y espuma», que llega «a la hora y a tiempo», porque todavía es inmenso el amor y ella es pequeña:

*Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompaña-mé.
En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.
Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.
Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
¡Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompaña-mé!...*

Llegado ya al fin de estas consideraciones histórico-políticas sobre la obra rubendariana, no deja de asaltarme el temor a haber incurrido en el defecto advertido casi al término de su vida por el gran maestro lírico de la Hispanidad, cuando escribió: «Nadie ha visto mis pensamientos, del modo que se deben ver». Una cosa es segura, sin embargo, y creo poder afirmarla con el respaldo de la propia creación del poeta, tan abundante cuanto necesariamente citada aquí, pues soy de los que creen que un poeta se explica, ante todo, mediante ejemplos. Quiero decir que en poesía todo lo creó Rubén Darío, poético inventor de la lengua española, como acaba de decir Neruda. Y todo nos lo ha dejado. El, a la hora suprema del último viaje, fue hallado a bordo como quería don Antonio Machado: ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar, a la que el maestro americano tuvo, más que ningún otro, por madre. Se fue, en fin, hacia el lado del alba. Pero era suya el alba de oro, y así, áurea, encendida, nos la entregó a nosotros para que ya nunca estemos ciegos; para perpetua iluminación.

JAIME DELGADO
Benedicto Mateo, 55
BARCELONA